

EDITORIAL

NACIÓN, MEMORIA E IDENTIDAD. UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS PARA EL CASO COLOMBIANO

NATION, MEMORY, AND IDENTITY. A PERSPECTIVE OF ANALYSIS IN THE COLOMBIAN CASE

Por Jorge Orlando Blanco Suárez *
joblancos@udistrital.edu.co

Abordar el problema de la nación, la memoria y la identidad significa, de entrada, enfrentarse con unos conceptos que han sido objeto de disputa de distintos campos disciplinares, perspectivas metodológicas y teóricas, así como orientaciones políticas e ideológicas. La filosofía, la ciencia política, la economía, la antropología, la historia e incluso la psicología social han entrado en el debate sobre sus contornos y significados. Si nos ceñimos a este elemento, el investigador tendría dos opciones, o abandona la intención de delimitar sus fronteras explicativas o políticas y busca otro objeto de estudio, tal vez más asible o, parándose en esta multiplicidad de interpretaciones, que dan cuenta ya de su relevancia política, social, cultural e histórica, intenta desmenuzar los elementos comunes entre tanta marejada de definiciones y posturas.

Para empezar, ¿qué es una nación?, ¿qué es la memoria? O, como lo plantea Elizabeth Jelin (2001), *¿de qué hablamos cuando hablamos de memoria?* ¿En qué consiste la identidad? Estableciendo que cada individuo en las sociedades modernas se ha dirigido o, más bien, es dirigido por distintas dinámicas sociales a la construcción de su “propia” identidad (proceso de individuación, diría Weber, por ejemplo), ¿puede hablarse de identidades

colectivas? Y finalmente, ¿entre cada una de estas categorías puede encontrarse un vínculo que permita servir de base para la comprensión de algún fenómeno o proceso social relevante?

Esta editorial se plantea como un intento de encontrar esos vínculos entre las tres categorías anotadas, a fin de servir de base para el análisis e interpretación del proceso de configuración de la nación –las naciones– en Colombia, así como del papel que la memoria y la identidad cumplen en dicho proceso. Todo esto para abrirle paso a la Edición No. 9 de la revista *Conjeturas*, que, precisamente, se enfoca como tema central (dossier) en el problema del bicentenario. Para tal fin se parte del reconocimiento de su relevancia social, en la medida en que lo prolífico de la producción intelectual da cuenta de su importancia para un número creciente de individuos y sociedades o comunidades y busca por tanto definir unos elementos de cada concepto y la manera en que se han relacionado en los distintos campos del saber de las ciencias sociales. No se asume esta tarea como la búsqueda de una definición unívoca, o acabada, aunque se parte de una afirmación radical específicamente sobre el concepto de nación.

Es a partir del problema de la nación como serán pensados los problemas de la memoria y la identidad. Buscamos resolver los siguientes interrogantes: ¿cómo se usa el binomio memoria/olvido en los procesos de construcción de las identidades nacionales?, ¿quiénes son sus productores y cómo llevan a cabo dicha producción? En la primera parte daremos cuenta del problema de la nación como problema teórico, partiendo de una afirmación categórica sobre su significado, para luego pensar el proceso de construcción, redefinición permanente

* Licenciado en Ciencias Sociales, Magíster en análisis de problemas políticos, económicos e internacionales contemporáneos, Docente investigador, Universidad distrital Francisco José de Caldas, miembro del grupo de investigación institucionalizado “Amautas”.

de las construcciones nacionales en la sociedad colombiana, desde el punto de vista de las identidades nacionales. Abordaremos allí, específicamente, lo que Alexander Betancourt (2008) denomina la escritura de la historia y la manera en que dicha escritura se ha convertido en manifestación de distintas perspectivas metodológicas, teóricas e ideológico/políticas.

Finalmente nos acercaremos a las formas en que ha sido pensado el problema de la nación y la identidad nacional en la Colombia contemporánea, particularmente a través de los trabajos impulsados desde finales de los años 90 hasta principios del siglo que corre por el Ministerio de Cultura colombiano en la serie de publicaciones denominada "Cuadernos de nación". En esta última parte no se pretende hacer un resumen detallado de cada uno de los cuadernos; por el contrario, lo que se busca es presentar los problemas generales que se han hecho visibles y los campos de investigación dentro de los cuales podría ampliarse en conocimiento y las bases interpretativas de estos y otros problemas.

1. El problema de la nación, la memoria y la identidad, como problema teórico

Partimos aquí de la siguiente afirmación: mírese desde donde se mire, la nación es ante todo una invención, un artificio, un artefacto ideológico que busca servir de base para la unidad política, cultural, étnica, racial o de otro tipo, dentro de una sociedad definida. Esta invención, aunque tiene sus orígenes en Europa en el siglo XVIII, se ha extendido a lo largo y ancho de la tierra. Dicha expansión no ha significado el mantenimiento de unas fronteras definidas; sus contenidos han variado en función de los intereses, valores y estructuras sociales particulares de cada sociedad; ha dado pie, tanto para movimientos democráticos como totalitarios, promotores de la diversidad y pluralidad cultural, como para una supuesta unidad racial o cultural de pueblos que, por definición, son múltiples y muchas veces contradictorios. Este uso diverso y problemático da cuenta no solo

de las muchas sociedades que lo han incorporado en sus derroteros históricos, sino asimismo de los grupos, clases o actores sociales particulares dentro de cada sociedad y de su pluralidad.

Es en dicha invención, en donde se busca la articulación o identificación de un número creciente, aunque delimitado, de actores sociales individuales y colectivos, es decir, la construcción de una identidad colectiva y del compromiso de los identificados con un proyecto de futuro, la memoria, y particularmente lo que se denomina la memoria histórica, han desempeñado un papel central ahí. La identidad nacional o, mejor, las identidades nacionales, se configuran (como la identidad personal) a partir de recuerdos y olvidos, y para tal fin se establecen políticas de recuerdo y olvido que sirvan de base para la construcción de dicha identidad. Dichas políticas, no obstante, son, como todo proyecto social, campos de disputa entre heterogéneos actores sociales, y de ahí se obtiene una dinámica permanente de alteración de las identidades nacionales, así como personales.

Por lo dicho aquí el lector informado habrá notado ya la influencia de autores diversos e incluso contradictorios, como el denominado por Álvaro Fernández (2001) *pionero* de los discursos sobre la nación, Ernest Renan, así como de los críticos radicales del concepto, como Ernest Gellner (1997), y de algunos más moderados intérpretes, como Benedict Anderson (1993). Si ha hecho tal inferencia, el lector tiene toda la razón. Las afirmaciones que se han planteado se derivan de la compilación de Álvaro Fernández, titulada *La invención de la nación. Lecturas de identidad de Herder a Homi Bhabha*. Este autor, que compila los pronunciamientos de Von Herder, Ernest Renán, José Carlos Mariátegui, Franz Fanon, Pathra Chatterjee, Anthony D. Smith, Eric Hobsbawm, Clifford Geertz, Ernest Gellner, entre otros, ha sido una base de nuestra presente reflexión. Lo han sido también el texto antes citado de Anderson (1993) y *La era de la información. El poder de la identidad II*, de Manuel Castells

(1997). Esto en lo que tiene que ver con el problema de la nación. Sobre la memoria y la identidad, han sido fundamentales los textos de Tzvetan Todorov (2001) *Los abusos de la memoria*, específicamente el capítulo titulado La memoria amenazada; el texto de Elizabeth Jelin (2001) *Los trabajos de la memoria* y el de Jacques Le Goff *La memoria y la historia*.

Finalmente, en la búsqueda de ampliar las referencias, fue también importante el estudio de José María Ruiz¹ (2007) *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria histórica? Una aproximación desde la psicología cognitiva*, entre otros.

Aparte de este párrafo de orientación bibliográfica, quedan algunos contornos del concepto de nación. Uno: Tal concepto es distinto de nacionalismo, el cual puede ser considerado como la búsqueda de construcción de una nación frente a lo externo, que frecuentemente es defensiva u ofensiva, o ambas cosas a la vez; que suele ser esencialista en extremo e incluso puede llevar al totalitarismo. Dos: Es distinto del Estado, aunque su constitución está relacionada con la conformación de los estados modernos. Tres: Aunque es una manifestación de identidad colectiva, solo es un tipo de estas identidades y no las cubre a todas. Cuatro: En tales sentidos, puede hablarse de naciones no nacionalistas, de naciones sin estado y de estados sin pretensiones nacionales (al respecto puede consultarse el texto de Castells (1997: 82 y ss). Cinco: Aunque es una invención, o un artefacto construido, sus bases no son absolutamente arbitrarias, más bien hacen parte de procesos de selección que están condicionados histórico-

socialmente, cultural y étnicamente, socioeconómicamente y políticamente.

Así las cosas, tales fenómenos, pueden verse también, como el resultado de iniciativas de clases sociales, de grupos étnicos, de colectividades políticas y sociales: partidos o movimientos políticos (sobre este último aspecto puede leerse a Sidney Tarrow (1998), quien expone el proceso de constitución de los movimientos sociales nacionales. Específicamente los capítulos 3 al 7). Esto da cuenta de “el quiénes” del problema de la nación, que constituye el sexto elemento. Sus afirmaciones dependerán de las posiciones en que se encuentren o que asuman frente a la colectividad de la que se sienten o pretenden hacer parte. Dependerán de los proyectos de futuro que construyan y, a partir de éstos, harán un uso particular del pasado y establecerán políticas de recuerdo u olvido, en dependencia de los intereses en juego, intereses que son siempre dinámicos.

Ahora bien, esto no quiere decir que existirán tantos proyectos de nación como colectividades o actores sociales; ya habrá incluso, muchos, para quienes este es un problema absolutamente irrelevante o incluso peligroso.² Finalmente, la nación, aunque tiene un punto de emergencia definido, al menos como concepto, ha servido de base para que comunidades culturalmente identificadas asuman dicha categoría para impulsar procesos de reconocimiento de su particularidad en medio de la diversidad. Es el caso, por ejemplo, de países con pasados tan diversos como España o Ecuador, en los que, incluso constitucionalmente (en España en 1978, en Ecuador a partir de

¹ José María Ruiz. *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria histórica? Una perspectiva desde la psicología cognitiva?* En: Revista Entelquia, No. 7. Madrid, septiembre de 2008.

² Pathra Chatterjee se refiere al modo como, según él, en el proceso de independencia de la India, el problema de la nación y el nacionalismo fue evadido de hecho por los líderes de dicha campaña, en la medida en que consideraron peligroso dicho concepto a la hora de buscar una unidad que, más que nacional, se asume como pluricomunitaria (ver: Fernández, 1997). En esta misma dirección puede entenderse la posición de Castells al diferenciar al Estado de la nación y al mostrar que no todo Estado (que puede ser considerado una comunidad política) se busca constituir en una nación.

1999), estas sociedades se reconozcan como multi o plurinacionales.

De acuerdo con los planteamientos anteriores, tenemos entonces un qué de la nación, un cuándo y un quiénes, que era el propósito que se había trazado al comienzo. No se pretende agotar el debate; sólo se formulan algunas consideraciones generales, aunque de utilidad práctica para comprender la manera como puede ser utilizado el concepto de nación y los usos de la memoria y la identidad, en su proceso de constitución. Antes de pasar al segundo punto, me parece importante precisar algunos elementos sobre el concepto de memoria.

Este concepto, como el anterior, es polisémico y distintas perspectivas disciplinares, teóricas y metodológicas se han dado cita para su comprensión o interpretación. Como hemos dicho, es uno de los elementos constitutivos de la nación, al menos desde Ernest Renán, pero esto no lo define adecuadamente. En primer lugar, siguiendo a José María Ruiz (2007), quien pretende delimitar el contenido de las expresiones memoria colectiva, social e histórica desde una perspectiva de la psicología cognitiva, pueden distinguirse dos formas de entender la memoria. Una, como facultad cerebral que permite a los individuos almacenar información relevante para su propia existencia; y dos, como una forma de representar el pasado. En este segundo caso el autor prefiere hablar de recuerdos y no de memoria propiamente dicha. Así, se niega la existencia de una entidad llamada memoria colectiva o social, y de ahí se deriva la inexistencia de una memoria histórica.

Lo expresado se extiende en la medida en que, cuando hablamos de memoria, considera el autor, hablamos de una facultad cerebral y no existe algo equiparable a un cerebro colectivo con una facultad equiparable a la del cerebro individual. Así, cuando se habla de “memoria histórica” el autor prefiere la expresión memoria de la historia. Ahora bien, sin entrar en los detalles de los planteamientos de Ruiz,

esta disertación se considera como de utilidad, en la medida en que el autor va a dar al problema de la memoria de la historia una funcionalidad política, moral o cultural, y con ello se refiere específicamente a la necesidad o, incluso, el deber de recordar, en el sentido histórico, las experiencias del franquismo, negadas por algunos actores sociales; recordar la violación de derechos humanos, ocultada por los defensores del franquismo, incluso invisibilizada a partir de la eliminación de documentos, etc.

A partir de lo planteado por Ruiz, se puede ver entonces un significado profundamente político de conceptos como memoria colectiva o memoria histórica. En la misma dirección se encuentran autores como Tzvetan Todorov y Elizabeth Jelin. El primero de ellos, no obstante, habla de la memoria como de una facultad selectiva, que, desde el presente y emotivamente, o emocionalmente (aunque también política e ideológicamente), lleva a cabo unos recortes del pasado, para darle sentido al presente y proyectar el futuro colectivamente.

En este sentido, se puede hablar de una política de la memoria, pero llama la atención sobre lo que considera los abusos de la memoria frente a lo que él denomina los “buenos usos” de la misma. Para dicho autor, un buen uso de la memoria es aquel que se dirige hacia la manifestación de conflictos sociales no resueltos en el pasado y que requieren su trámite entre los actores involucrados, que los lleve a superar o a transformar, podríamos decir, positivamente sus conflictos. Un mal uso, o un abuso de la memoria, es aquel que no sirve para dicho fin, sino que se establece como un quedarse en el pasado, aferrarse a lo vivido (los dramas, las frustraciones, los dolores individuales y colectivos), negarse al olvido o al mínimo trámite de dichos conflictos y reproducir, a partir de estos recuerdos, los esquemas del conflicto social, sin que el mismo tenga la posibilidad de transformarse y superarse y, por el contrario, se intensifique. Jelin, por su parte da cuenta del componente identitario de los procesos de la memoria

y los modos en que la misma sirve para construir proyectos de futuro compartidos, por actores sociales diversos. Aquí se ponen en evidencia los vínculos entre la memoria, la historia y la identidad nacional o, para nuestros fines, entre la nación, la memoria y la identidad.

Para puntualizar lo anterior podría decirse que, cuando hablamos de nación, nos referimos a un tipo de identidad, como quedó aclarado atrás, que para su constitución establece relaciones temporales y espaciales (el elemento espacial queda por fuera de nuestra discusión, por factores de tiempo y espacio); que instaure relaciones entre el presente, el pasado y el futuro; esto es, relaciona contenidos y formas de recordar, de actores sociales particulares, en la búsqueda de un tipo de identidad que se asume como nacional, en los marcos definidos arriba. Planteado esto, cabe una última aclaración. Como la nación y la memoria, los procesos identitarios son dinámicos; las identidades no son fijas, sino todo lo contrario, muy móviles y conflictivas para los actores sociales, tanto individuales como colectivos. No obstante, las mismas pueden ser el resultado de la articulación de los procesos particulares con procesos globales, tal como lo plantea Jhonatan Friedman (2000); es decir, las identidades son sometidas a políticas, como la memoria y la nación, que se derivan de la articulación conflictiva de lo local y lo global. Los actores sociales, individuales y colectivos buscan un posicionamiento de sí mismos, a partir de lo que identifican como sus particularidades y diferencias frente a unos "otros", que rebasan su ámbito local. Con base en lo anterior, se puede pasar al segundo punto de nuestra reflexión, sobre cómo opera lo dicho para la interpretación del caso colombiano.

2. Perspectivas para el caso colombiano: la historia, la memoria histórica y la identidad de lo colombiano

Antes de empezar, algunas aclaraciones sobre lo que no se busca. No se busca dar cuenta de la identidad nacional colombiana.

No se buscan definir sus contornos, ni delimitar sus características. Se buscarán, puntualmente, los modos en que dicha identidad se ha construido, particularmente desde el discurso histórico, o la manera en que la nación ha sido objeto de reflexión en la historia y en lo que, específicamente Alexander Betancourt, denomina la escritura de la historia. En este sentido, dicha escritura se asume como el campo de combate de distintas posiciones y actores, en la búsqueda de leer y construir el pasado para construir un presente que los legitime o los haga viables como opciones políticas y culturales, tanto en el seno de la sociedad colombiana como fuera de ella. Una segunda aclaración: aquí hablamos de dos tipos de producción de la identidad. Una: como aquella referida al impulso de unos contenidos particulares, elementos identitarios, unas formas de recordar y unos actores sociales que impulsan proyectos de nación particular; y dos: como reflexiones sobre la identidad nacional colombiana, frente a las cuales se hacen operativas unas formas particulares de recordar el pasado, o mejor, de hacer uso del pasado, de la memoria y del olvido. Nos referiremos específicamente al segundo caso.

¿Cuándo aparecen las primeras reflexiones sobre la identidad nacional colombiana, particularmente en la historia? En los años 80 comenzaron a publicarse algunos documentos en los cuales la palabra nación se hacía parte de los títulos; casos como *Economía y nación*, de Salomón Kalmanovitz (1986), o de María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús M. Álvarez, con su texto *Podere y regiones, problemas en la constitución de la nación colombiana* (1985), pueden ser representativos de nuestro discurso propios, que, no obstante, no comienzan por la problematización del concepto de nación sino que lo dan por supuesto, y en sus textos se refieren a los procesos de desarrollo del capitalismo en Colombia, del desarrollo económico o de los procesos de unificación política (el problema del estado-nación, sin discutirse lo nacional). Más adelante, por vías y procedimientos distintos aunque con propósitos comunes

a los anteriores (estudio desde la colonia hasta los años 90, en el caso de Kalmanovitz), la investigación se extiende también desde la colonia hasta el siglo XX: el norteamericano David Bushnell (1996) publica en español una obra cuyo título es una paradoja: Colombia, una nación a pesar de sí misma. Como en los dos casos anteriores, aquí la referencia al concepto de nación es apenas visible, aunque los títulos la contengan. Un poco más adelante (no se pretende hacer un balance total de las producciones sobre el concepto de nación en la sociedad colombiana) Miguel Ángel Urrego (2001) publica *Intelectuales, estado y nación en Colombia*, que se extiende desde principios del siglo XX hasta fines del mismo y que muestra las articulaciones y conflictos del campo intelectual “nacional” con el estado colombiano, sin que, nuevamente, el problema de la nación quede resuelto como categoría de análisis.

Entonces, tal vez han sido pocos los que se han preguntado por el concepto de nación y sus implicaciones para estudiar el caso colombiano. Al menos, no obstante, podemos mencionar a dos: el alemán Hans Joachim König y el colombiano Alfonso Múnera. El primero de ellos, en los años 80, desarrolló su tesis de doctorado con la idea de comprender el desarrollo del nacionalismo o la identidad nacional en Colombia desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Su texto, titulado *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el desarrollo de la Nueva Granada*, contiene un primer capítulo que reflexiona, sobre todo basado en la literatura alemana, sobre la funcionalidad

del nacionalismo, sobre el significado de la categoría, pero ante todo sobre el primer aspecto: la funcionalidad del nacionalismo. Allí establece que éste tiene un fin modernizador, que enfrenta los problemas del desarrollo a través de la búsqueda de una identidad colectiva por parte de las élites, con base en parámetros culturales y políticos diversos: símbolos patrios, por ejemplo, discursos sobre lo propio y lo ajeno, discursos sobre la libertad y la opresión, etc., que, aplicados al caso colombiano, permitirían comprender cómo se va edificando la nación colombiana en el periodo estudiado. König da cuenta del nacionalismo colombiano a partir de tres elementos centrales: los discursos de la patria a fines del siglo XVIII, que él identifica como agentes de nacionalidad colombiana; los símbolos impulsados como motores de la identidad colombiana³ y los actores que se van involucrando progresivamente en el proceso de dicha edificación⁴ en el periodo comprendido entre mediados dicho siglo y mediados del XIX.

Por su parte, Alfonso Múnera, aunque menos prolífico en los debates sobre la nación, ha dedicado buena parte de su trabajo a desmontar los supuestos de la unidad nacional con base en los principios, valores y formas sociales del altiplano andino central. Se ha preguntado por la forma de constituir la nación desde el centro del país, en negación permanente de la diversidad cultural, moral e incluso racial de nuestra sociedad. En este sentido, los trabajos de este autor pueden ser considerados más como impulsos, desde la historia, de ciertas formas de construir la

³ Una resignificación de lo indígena, por ejemplo, con base en la idea de compartir los criollos, con éstos, tres siglos de opresión; el impulso de las imágenes indígenas como elemento articulador de la identidad criolla o americana; el impulso de la siembra del árbol de la libertad (como en el caso francés), entre otros.

⁴ El autor define tres periodos puntualmente: un periodo que va de mediados del siglo XVIII, específicamente desde el gobierno de Carlos III, que impulsó reformas políticas, administrativas y económicas que provocaron conflictos con los grupos de las élites criollas neogranadinas, hasta la Independencia; un periodo que comienza con la independencia, atraviesa el proceso de constitución y disolución de la misma, a finales de los años 20 del siglo XIX; y un periodo que se concentra en los años 40 y 50 del mismo siglo. En el segundo periodo da cuenta de los discursos y símbolos de la identidad nacional; el tercer momento da cuenta de los procesos de ampliación de la participación en dicha construcción, específicamente de las Sociedades Democráticas de artesanos.

nación, que como reflexiones propiamente dichas sobre la nación, en el sentido más amplio que intentamos perfilar atrás.

Ahora bien, ¿el problema de la nación, de la identidad nacional, no se ha pensado entonces más allá de lo político, más allá del impulso de propuestas de nación particulares? Decir esto sería demasiado y el trabajo de Alexander Betancourt puede ser un buen orientador de la manera como podría abordarse, analíticamente, desde el campo disciplinar de la historia, el problema de la nación, la memoria y la identidad. Para este autor, el centro de discusión es lo que él denomina, la escritura de la historia; muestra cómo dicha escritura se desarrolla en nuestro país desde comienzos del siglo XIX, específicamente desde los trabajos de José Manuel Restrepo y su Historia de la revolución en la Nueva Granada. La interpretación que hace Betancourt de las obras de Restrepo plantea desde el principio que el problema de la historia, tal como se define en este momento y tal como se va a definir para el futuro, consiste en qué es lo que se debe recordar y cómo, por parte de una sociedad que necesita constituirse como unidad política, económica, social y cultural. La escritura de la historia, entonces, es la construcción de la nación colombiana por parte de los historiadores, y sus productos⁵ se convertirán en armas para la lucha ideológica de distintos actores y grupos sociales. Se desarrollará entonces una historia partidista, no sólo por parte de los partidos políticos tradicionales que se establecen a mediados del siglo XIX, sino por parte de los historiadores de izquierda, de los años 60 en adelante. La historia, el discurso histórico, es el resultado de lo que, en términos de Jhonantan Friedman (2001), se considera como una política de la identidad. Cada actor seleccionará a los protagonistas de sus historias y

se impulsarán imágenes de la nación compatibles con estos protagonistas.

El autor de este documento plantea de hecho, lo que puede ser considerado una periodización de las producciones discursivas históricas (aunque también sociológicas y antropológicas) sobre la nación.

Un primer momento es el que inaugura Restrepo. Luego vienen los escritores que le dan valor al pasado colonial, y específicamente a la cultura hispánica y a la religión católica como fundamentos de la identidad nacional (José Manuel Groot, por ejemplo), hasta la Regeneración, cuando se establece el discurso conservador, en el cual la religión católica se establece como la base fundamental de la nación.

Un segundo momento estaría constituido por los revisionismos de los años 30, 40 y 50, en el que todavía no se constituye un campo disciplinar profesional para el oficio del historiador y del cual participan autores como Germán Arciniegas, Luis López de Mesa y Antonio García Nossa, hasta Indalecio Liévano Aguirre. Finalmente estaría el momento constituido por los trabajos profesionales de Jaime Jaramillo Uribe, donde lo económico y lo social adquieren una relevancia creciente, abandonando lo político y lo cultural. De este modo se evidencia cómo en el discurso histórico lo nacional, e incluso el nacionalismo, es el resultado de una construcción por parte de actores sociales que entran en conflicto a partir, no solo de las posiciones que ocupan dentro de la estructura social de su presente, sino igualmente de las formas de apropiarse el pasado para proyectar el futuro; de las formas de constituir una memoria de la historia para impulsar proyectos de

⁵ Desde comienzos del siglo XIX hasta el desarrollo de lo que podríamos denominar un campo profesional de escritura de la historia, a partir de los años 60 y, específicamente, a partir de los trabajos de Jaime Jaramillo Uribe, considerado por el autor como el primer historiador profesional, pasando por el establecimiento de la Academia Colombiana de Historia en 1902 y sus vicisitudes a lo largo del siglo XX: de ser el centro de la producción del discurso y la identidad nacional, a ser un órgano de defensa de los valores más tradicionales y por tanto, cada vez más marginal frente al campo de producción de conocimiento histórico.

sociedad particulares. Aquí se evidencia, tal vez como lo plantea Todorov, una utilización del pasado que no sirve para tramitar los conflictos no resueltos sino para radicalizar posiciones. Betancourt, de hecho, califica la producción histórica colombiana como un diálogo de sordos en el que lo político y lo ideológico desplaza a lo epistemológico y metodológico en las discusiones sobre los “hallazgos históricos”. En este sentido, el pasado se inventa, en tanto que es sometido a procesos de interpretación y éstos se construyen desde las identidades sociales y los proyectos políticos de quienes los producen, condicionados por su contexto local y global.

3. Nuevas perspectivas: Los estudios sobre la nación y las distintas políticas de la memoria. La historia no lo es todo

Lo dicho en las páginas precedentes sobre la relación nación, memoria e identidad no es todo, pero sí indica que no hay un proyecto de nación sino muchos, y lo importante será entonces identificar esos proyectos, sus contenidos y los usos de la dimensión temporal, del binomio recuerdo/olvido. En la antropología y la sociología colombianas, en el campo interdisciplinar de los estudios culturales, impulsados por el Ministerio de Cultura, se pueden rastrear las formas, las imágenes de la nación y sus protagonistas, sus contenidos y perfiles. La colección *Cuadernos de nación* puede ser una buena guía para rastrear estos procesos de construcción de la identidad nacional colombiana y de los usos que en cada construcción particular tiene la memoria y el olvido. Desde allí se ha seguido el estudio de lo nacional en los reinados de belleza, en los medios de comunicación (prensa, radio y televisión) de los imaginarios de nación en distintos ámbitos de la vida social colombiana. Esto demanda la problematización de lo que sucede, en la medida en que el presente es el encuentro del pasado y el futuro, en el que la memoria y el olvido tienen un papel central, tanto en las lecturas del presente como del pasado y en la proyección del futuro.

Como planteábamos atrás, el presente

documento no es más que una introducción sobre los problemas mencionados, pues se consideran relevantes para pensar el problema del bicentenario. Atravesamos un momento en el que los discursos de la nación se convierten en pan de cada día y por eso la necesidad de presentar algunos elementos teóricos y metodológicos para pensar dichas construcciones identitarias.

Así entonces, después de haber esbozado... desde este lugar editorial... las líneas gruesas para provocar el diálogo con nuestros colaboradores (y especialmente, con quienes hacen presencia en el dossier); pasaremos a plantear algunos elementos de la Revista Conjeturas en su edición No. 9.

4. Revista conjeturas No. 9. En el camino hacia la consolidación.

El pasado año, fue de arduo trabajo por parte de distintos actores institucionales, particularmente vinculados al proyecto curricular Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales, para darle una nueva orientación e intentar consolidar un proyecto editorial que sirva de base para generar comunidad académica desde y para dicho proyecto; Como resultado de ello, en diciembre pasado vio la luz, una nueva edición de nuestra revista (Conjeturas No. 8). Esta nueva edición contó con la colaboración de autores internos y externos. A todos ellos agradecemos sus esfuerzos y la paciencia por nuestra demora en hacer que esta publicación, por fin, fuera un hecho. Por ello pedimos disculpas tanto a nuestros colaboradores, como a los lectores que en esta edición puedan encontrar un espacio de reflexión y deliberación académica.

El proyecto es de largo aliento y tenemos en la mira, en el mediano plazo, convertir a nuestra publicación en punto de referencia para los debates académicos sobre: Ciencias Sociales, Pedagogía y Educación, comunicación y Estética, más temáticas de interés contemporáneo (Dossier), tanto al interior de la Universidad Distrital, como fuera de ella, en el nivel local, nacional e

internacional.

También, con miras a realizar este proyecto, cambiamos nuestro formato. Por esto, la presente edición, se publica en el tamaño de la mayor parte de revistas académicas; por la misma razón, buscamos asesoría y colaboración de relevantes investigadores nacionales e internacionales, a fin de que *Conjeturas* adquiriera una nueva visibilidad y un carácter académico más sólido.

En este camino de consolidar nuestra publicación, le apuntamos al proceso de indexación, intentado cumplir, poco a poco con los exigentes parámetros de las más prestigiosas instituciones de investigación y vigilancia a las publicaciones seriadas, tanto a nivel nacional como internacional. Buscaremos, con nuestros colaboradores, pares evaluadores y autores ir constituyendo unos documentos más sólidos y rigurosos desde el punto de vista científico, sin que esto signifique desde luego, un cierre para visibilizar las producciones estudiantiles que, día a día, trabajan por mejorar su calidad y dar a conocer sus puntos de vista.

Como parte de este proceso, hemos acogido los parámetros de publicación de *publindex*, que los interesados pueden encontrar al final de la revista (cuarta sección) así como también, en nuestro portal virtual. En esta dirección intentaremos, en el corto plazo, poder digitalizar nuestra propia memoria documental- esto es- los documentos anteriores publicados hasta el No 7. La tarea no ha sido nada fácil, pues no se conservan registros digitales de ninguno de ellos, aunque la totalidad de los números ha sido recuperada gracias a la excelente gestión de nuestra coordinadora editorial la Profesora Meyra Páez y gracias también, a todos y cada uno de los miembros de nuestro comité editorial, por tanto estamos procesando la versión on-line: A ellos agradecemos sus esfuerzos y energías, por hacer que el proyecto de *Conjeturas* se concrete y consolide cada vez más.

A nuestros autores, colaboradores, pares evaluadores y lectores, agradecemos también, por su paciencia, trabajo y

dedicación.

Y como ya anotábamos arriba, esperamos poder ofrecerles tanto en el presente número, como en nuestras futuras ediciones, documentos que convoquen a la reflexión, análisis y discusión de nuestros problemas, desde el punto de vista de: Las Ciencias Sociales, la Pedagogía y Educación, la Comunicación y Estética y subsiguientes temáticas de interés contemporáneo.

ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

BETANOURT, Alexander. (2007). *Historia y nación: Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*. Editorial La Carreta, Medellín.

BUSHNELI, David. (2006). *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Traducción de Claudia Montilla V. Quinta edición, Planeta, Bogotá.

CASTELLS, Manuel (2001). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II. El poder de la identidad*. Traducción de Carmen Martínez Gimeno, Tercera Edición, Siglo XXI, Buenos Aires.

FERNANDEZ, Álvaro. (Comp. 2001). *La invención de la nación. Lecturas de identidad de Herder a Homi Bhabha*. Editorial Manantial, Buenos Aires.

FRIEDMAN, Jhonantan (2000). *Identidad cultural y proceso global*. Amorrortu editores, Buenos Aires.

GELLNER, Ernest. (1997). *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial, Madrid.

GUTIERREZ, G. Rafael (Coord.) (2003). *Cuadernos de Nación No. 7. Culturas simultáneas. Lecturas de la Encuesta nacional de cultura de Colombia*. 2002. Ministerio de Cultura, República de Colombia. Bogotá.

JELIN, Elizabeth (2001). *Los trabajos de*

la memoria. Siglo XXI editores, Madrid.

JOACHIN-KÖNIG, Häns. (1994). *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada. 1750-1856*. Traducción de DagmarKusche y Juan José de Narváez. Banco de la República, Bogotá.

KALMANOVITZ, Salomón. (1985). *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. CINEP-UN-Siglo XXI Editores. Bogotá.

LEGOFF, Jacques. *La memoria y la historia*. En: www.cholonautas.edu.co. *Biblioteca de ciencias sociales*.

MÚNERA, Alfonso. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y la geografía en el siglo XIX colombiano*. Planeta, Bogotá.

RINCÓN, Omar. (2005). *Cuadernos de Nación No. 8. La nación de los medios*. Ministerio de Cultura, República de Colombia, Bogotá. RUIZ, José María. (2007) *¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria histórica? Una aproximación desde la psicología zognitiva*. En: Revista Entelquia. No. 7. Madrid, septiembre de 2008.

TARROW, Sidney. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza editorial, Madrid.

TODOROV, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós, Barcelona.

URIBE, H., María Teresa –ALVAREZ, Jesús María. (1987). *Poderes y regiones en la constitución de la nación colombiana. 1810–1850*. Universidad de Antioquia. Departamento de publicaciones. Medellín.

URREGO, Miguel Ángel. (2002). *Intelectuales, estado y nación en Colombia. De la guerra de los mil días a la constitución de 1991*. Siglo del Hombre editores, Bogotá.